

la inmortalidad y la dicha eterna por poder imitarlos. Es un fuego que no se contenta con roer el alma propiamente hablando, sino un fuego que parte de ella para devorar también á los demás, aun siendo vasos á Dios consagrados y cedros del Líbano.

En una palabra, después del instinto de conservación, no hay otro más potente que ése, y una vez corrompido, hasta le supera.

Y entonces, ¿teníamos razón en decir que es cosa imposible al hombre natural el dominar tal instinto?

Nadie, ciertamente, se atrevería á emitir tal pretensión sin exponerse á ser tenido por mentiroso. Sabe cada cual que, en conciencia, siéntese obligado á dominarle. Aun el hombre más malo no puede evitar el sentir un movimiento de vergüenza cuando llega á sucumbir en eso. <sup>(1)</sup>

Y, no obstante, cada cual sabe en qué cercano peligro de caer encuéntrase, si no se ve socorrido por un poder que no está en su naturaleza, y si no se halla sostenido por motivos más elevados que las consideraciones profanas acostumbradas.

Hallámonos aquí, sin duda alguna, ante un caso en el que debe imponerse la convicción de que la naturaleza necesita estar sostenida por la gracia.

En asunto tan delicado, echemos, pues, á un lado las vanas fanfarronadas del poder personal.

Por otra parte, términanse siempre por la más triste caída. Todo el mundo sabe hasta dónde alcanza el hombre. Sí, cuando se trata de la guarda de la castidad, de poco sirve todo el poder humano. Las disposiciones naturales más nobles, como las de un Alejandro ó de un César, la mayor perspicacia intelectual, como la de un Agustín, la energía más indomable, como la de un Napoleón, no quitan á nadie el llegar á ser esclavo de la más vergonzosa de las pasiones.

En tal materia, quien en sí propio confía, está perdido. Quien no busque socorro en la gracia sobrenatural, sólo

(1) (Aristot.) *Problem.*, 4, 27.

por milagro evitará el pecado. De otra suerte, todo está para él acabado.

No despreciamos, pues, á la naturaleza; pero no podemos concederle lo que no tiene. Á lo sumo si puede moderar los instintos sensuales y obedecerlos sin cometer pecado, cosa que pide ya formalidad é imperio sobre sí mismo.

Únicamente la gracia presta al hombre fuerza suficiente para detener su impetuosidad, vencer sus desobediencias, prevenir sus ataques mediante la vigilancia, el dominio personal y el temor de Dios. <sup>(1)</sup>

No que se pueda eso suprimir enteramente nunca en la presente vida. Falsas tendencias dentro y fuera del Cristianismo han intentado eso en diversas épocas. Pero fueron vanos sus esfuerzos, y con frecuencia han dado un resultado enteramente opuesto al que buscaban. Ciertamente, la concupiscencia puede ser debilitada, pero nunca por entero suprimida. <sup>(2)</sup> No sentir los movimientos de la concupiscencia es cosa imposible al hombre mientras vive en la carne. <sup>(3)</sup> Pero vigilarlos, tal es la misión que Dios le impuso. <sup>(4)</sup> No sentir movimiento alguno de la sensualidad está fuera del poder humano; <sup>(5)</sup> mas el hombre puede dominarlos. <sup>(6)</sup> Sin duda más cómodo y más agradable sería no experimentarlos; mas, puesto que la gracia no nos los suprime, es que mejor es, sin duda, que nos queden. Tórnanse así para nosotros en fuente de energía y de méritos. Únicamente dejaremos de sentirlos cuando hayamos llegado á la perfección completa, cuando hayamos dejado la carga de los sentidos.

Á pesar de eso, recibimos de la gracia algo que la naturaleza sola no puede darnos. Líbranos, por lo menos, del exceso de la concupiscencia. <sup>(7)</sup> Por lo menos, destruye la dominación de la sensualidad. <sup>(8)</sup>

(1) Augustin., *Gen. ad lit.*, 9, 10, 18; 11, 19.

(2) Augustin., *Sermo*, 151, 5.

(3) Augustin., *Op. imperf.*, 4, 77.

(4) *Gen.*, IV, 7.

(5) Augustin., *Gen. ad lit.*, 6, 17.—(6) Augustin., *Gen. ad lit.*, 9, 11, 19.

(7) Augustin., *Retract.*, 1, 23, 1.—(8) Augustin., *Sermo*, 30, 6, 7.

Sólo la gracia puede llegar á estos dos resultados. Es ya algo grande para la naturaleza que el hombre no convierta sus sentidos en arma del pecado y de las tinieblas. Pero solamente la gracia puede tornarlos en arma de la justicia y de la luz. Los que viven únicamente según la naturaleza, saben bien porqué afirman, con tanta fuerza y tanta unanimidad, que la lucha contra la sensualidad es la tarea más difícil que pueda imponerse al hombre. Los hijos de la gracia saben, es verdad, por la fe y la experiencia, que jamás podrán vivir exentos de temores y de luchas. Pero saben también que, en todos los peligros, seguros están de la victoria, con tal que se aprovechen fielmente del poder de la gracia.

**6. La virginidad hállase indisolublemente unida al Cristianismo.**—Lo que al hombre es imposible, es posible y aun fácil para Dios. Aquí celebra la gracia uno de sus mayores triunfos. Por ella dase verdadera castidad, más aún, pureza sin tacha, virginidad inmaculada.

No se trata únicamente de un ideal poético, de un deseo piadoso, de una posibilidad filosófica. No, sino de una realidad que el Cristianismo vió millares de veces en su seno.

Cuanto más débil es la naturaleza en tal sentido, tanto más gloriosos son los triunfos de la gracia. Cuanto más se encoge de hombros el mundo, mayor gozo sentimos por nuestra fe, que al frágil hombre da tal victoria, haciéndole, aun viviendo en la carne, más fuerte que los ángeles del cielo, y concediéndole llevar en realidad vida angélica. (1) El mundo puede dudarle si bien le parece. He ahí, sin embargo, algo que sirve para convencerle; he ahí, no obstante, la prueba del poder de Jesucristo y de la santidad de su ley.

La virginidad acompañó al Cristianismo desde sus primeros comienzos. Nadie la impuso violentamente. Ninguna ley en la tierra, ningún mandamiento divino, ninguna perspectiva de gozar de un cielo distinto del que á todos

(1) Augustin., *De virginitate*, 12; Bernard., *Nativ. Mar.*, 8.

está destinado, han hecho de ella una obligación. Y, sin embargo, millares de almas hay que buscan esa vida, como se buscaría un cargo de honor cerca del trono de Dios.

Los más antiguos apologistas podían ya decir con razón que, entre los cristianos, dábanse muchos de todo sexo y de toda condición que, desde su juventud,—y lo que es mucho—desde que habían dejado sus pasados desórdenes, habían conservado incólume la virtud de la pureza, hasta la más avanzada edad, (1) y que, siendo ancianos, todavía eran niños, (2) como dice Tertuliano.

No solamente las persecuciones no impidieron ese espíritu de sacrificio, voluntario, gozoso, sino que más bien lo alentaron. Y cuando se logró la victoria, cuando al fin reinó la paz, los ejemplos heroicos dados por las almas virginales, brillaron con tal resplandor, (3) que de todas partes asistióse á una verdadera lucha para lograr la corona de la virginidad.

Principalmente San Ambrosio apoderóse de aquel movimiento con inteligencia enteramente romana, y lo metodizó, valiéndose de sólidas disposiciones. Pero cuanto mayor fué la severidad en la vida religiosa, más grande fué la afluencia de las reclutas. De donde quiera, hasta de la Mauritania, las jóvenes de las principales familias á él acudían en tropel, ansiosas de poder disfrutar de su austera dirección. Encerrábanlas sus madres para preservarlas—decían—del encanto de su palabra. (4) Los que profesaban ideas mundanas estaban furiosos.

El mundo siempre es igual. Todas las razones que actualmente alega contra la virginidad, las alegó ya contra San Ambrosio. Rebaja el matrimonio,—decían,—(5) impide una porción de prácticas de virtud sublimes y de deberes difíciles, de los cuales ofrece ocasión ese estado. Mejor hi-

(1) Justin., *Apolog.*, 1, 15.

(2) Tertull., *Apolog.*, 9.

(3) *Ibid.*, 50; Minuc. Fel., *Octav.*, 37; Lactant., *Instit.*, 5, 13.

(4) Ambros., *De virginit.*, 1, 10, 87, 60.

(5) *Ibid.*, 5, 26.

ciera en formar la juventud para que algún día resulte útil á la sociedad, más bien qua impedirle que trabaje en bien de la generalidad. <sup>(1)</sup>

Los economistas mismos levantáronse contra él, y le acusaron de ser causa de la disminución de la población. <sup>(2)</sup>

Pero Ambrosio, que había resistido á Máximo y á Teodosio, y, lo que es más, al furor de una Justina, no era hombre que se dejase amedrentar por tales palabrerías. Defendióse públicamente contra sus enemigos, ó más bien, contra los enemigos de la virginidad, con toda la majestad que en él se daba. Hízoles notar que, al favorecer la virginidad, protegía el matrimonio, y trabajaba por el bien común. «¡Quiera Dios, ¡oh! padres,—exclamaba—que eduquéis todavía más vírgenes! Las familias no estarían como están. Una virgen no es tan sólo un favor de Dios, y un presente que se le hace, sino que también es un tesoro para la familia, una sacerdotisa de la castidad en medio de ella, una víctima que aplaca diariamente la justicia de Dios. <sup>(3)</sup> ¿Cómo queréis que el mundo sufra daño por eso? Más bien reporta utilidad. En donde la virginidad no florece, sufren disminución los pueblos. Por el contrario, su salud, sus fuerzas, el número de población, crecen en la proporción en que aquella se extiende». <sup>(4)</sup>

Tal es la opinión de los Padres de la Iglesia tocante á la virginidad; tal es la opinión que en todos tiempos ha existido.

La misma Iglesia es una virgen pura y sin mácula. <sup>(5)</sup> Debiera dejar de ser lo que es, si perdiese la elevada estimación que por esa virtud abriga. En donde la virginidad es despreciada, allí hase abandonado la verdadera Iglesia de Jesucristo. La virginidad es señal infalible de la Iglesia. «La virginidad—dice San Cipriano—es en la Iglesia lo

(1) Ambros., *Ibid.*, 6, 27.

(2) *Ibid.*, 7, 36.

(3) *Ibid.*, *De virginibus*, 1, 7, 32.

(4) *Ibid.*, *De virginit.*, 7, 36.

(5) Ephes., V, 27. II Cor., XI, 2.

que la flor al capullo; es aquella práctica que más perfectamente favorece el honor de Dios. Es el mejor adorno del aprisco de Jesucristo». <sup>(1)</sup> «En donde se halla una virgen,—dice San Ambrosio—está el templo de Dios». <sup>(2)</sup>

Todo esto aplícase sin duda únicamente á la virginidad, cuando se la practica según la Iglesia la entiende, como acto religioso, como sacrificio sobrenatural. «No se trata de ausencia de faltas contra la pureza,—dice San Agustín—sino que se trata de que esa pureza sea consagrada á Dios. <sup>(3)</sup> No se trata de abstenerse de malas acciones, sino de la santidad del corazón». <sup>(4)</sup>

**7. Motivos sobrenaturales para practicar la virginidad.**—Por eso es de la mayor importancia, cuando se juzga esa virtud, el comprender el espíritu que la anima, y las razones porque se practica en la Iglesia.

La primera es siempre la imitación de Jesucristo. Si algún día la virginidad no tuviese puesto entre los cristianos, entonces habríase acabado la perfecta imitación de Jesucristo.

Él mismo dió á esa virtud particular preferencia. Como virgen, como hijo de la Virgen, como esposo de las vírgenes, <sup>(5)</sup> puso en el corazón de los suyos triple impulso capaz de entusiasmarlos por esta virtud.

Pero, la más importante y más santa razón, que llena las almas con tal aprecio de la pureza, está siempre en que, por su santa vida, diónos magnífico ejemplo que imitar.

El pensamiento en nuestro Redentor es inseparable del pensamiento en la más elevada pureza, sea interior, sea exterior. Quien cree en el Hijo de Dios hecho hombre, debe inclinarse con el mayor respeto ante la virginidad.

Por esta razón, el respeto es la piedra de toque para la fe en la encarnación de Jesucristo. Quien desprecia la pureza, no estima la vida del Salvador. Por el contrario, sola-

(1) Cyprian., *De hab. virgin.*, c. 3.

(2) Ambros., *De virginibus*, 2, 4, 26.

(3) Augustin., *De sancta virginitate*, 8.

(4) Augustin., *In Psalm.*, 147, n.º 10.

(5) Bernard., *Cant. cant.*, 28, 10.

mente puede amar la pureza del corazón quien imita á Jesucristo por amor. El amor á Jesucristo es semilla de la virginidad.

La segunda razón que mueve siempre á practicar esa amable virtud, es la veneración á la Madre del Salvador. Nunca se arrancará del corazón del cristiano el amor á María, mientras la fe en la encarnación del Hijo de Dios viva en él. Nunca se dejará despojar del derecho de prestar homenaje á María, que, desde el punto de vista de la devoción que le debemos, ocupará el primer puesto después de su Hijo, en tanto se mantenga el respeto á la virtud perfecta.

No se da otra criatura de quien pueda decirse, como de nuestro Redentor, que su vida sola es ya un modelo para todos los hombres. Esa criatura es María. <sup>(1)</sup> Pues bien, si poseyó todas las virtudes en el más alto grado, hay entre ellas una, sin embargo, que parece eclipsarlas y formar el más bello florón de su corona: su perfecta pureza. En ella vió Dios primeramente al género humano en el brillo más grande de la pureza hacia la cual esle dado elevarse por la gracia.

En ella, ven los hombres igualmente la imagen más perfecta de la pureza y de la santidad de que sea capaz la criatura. <sup>(2)</sup> De ella aprenden la delicadeza del corazón. Bajo su protección ponen esa tan delicada virtud, tan fácil de perder. Invocando su auxilio, ponen en fuga los numerosos enemigos que la cercan. Por lo tanto, toda práctica de esa virtud es, á los ojos de quienes la veneran, de igual suerte que ante Dios, no tan sólo una transmisión de la virginidad de Jesucristo, sino igualmente un reflejo de la pureza de María.

En ese sentido, dice la Edad Media de manera á la vez delicada é ingeniosa:

«Ama Dios, con particular amor, la pureza de un corazón casto, porque su Santa Madre la poseyó. Aquel en quien la contempla, recibirá una parte de gracias más pre-

(1) Ambros., *De virginibus*, 2, 2, 15.—(2) *Ibid.*

ciosas que las demás y se verá magníficamente recompensado». <sup>(1)</sup>

La tercera razón por la cual las almas generosas siéntense de irresistible manera atraídas hacia esa virtud sublime, es la satisfacción con que Dios las mira, no la satisfacción que él les demuestra, sino la que experimenta en su corazón.

Apenas se verá virtud más desinteresada que la pureza. Despréciala el mundo, y Dios no le reserva aparentemente sino pruebas. Exteriormente, parece que no se atrae más que luchas, é interiormente, esle necesario aceptar todo género de sequedades y pruebas. No conocen los caminos de la vida interior quienes piensan que las vírgenes cristianas siguen á su esposo únicamente á causa de la miel que sus labios derraman en su corazón. Lo cierto es que la verdad es todo lo contrario. Á todas las demás almas reunidas, no presta tantas amarguras como á ellas. Vigila sus más leves infidelidades celosamente, y trata de borrar sus más ligeras manchas con un cuidado que deja ver la grandeza de alma con que quiere llevar sus virtudes hasta la perfección. Y, no obstante, persisten y siguen las huellas de Aquel que se les oculta casi siempre. Saben que ama esa virtud por encima de todo, y eso bástales. Ven á San Juan descansando sobre su corazón. Ven en el cielo á las vírgenes acompañándole por doquiera. <sup>(2)</sup> Hácenles sentir raras veces algo de su intimidad; hasta cuando pretenden estrecharle en sus brazos, apártalas con estas palabras: «No me toquéis». <sup>(3)</sup> Y renuncian á tales consuelos, con tal que les permita practicar la virtud que saben ellas que constituye por encima de todo sus delicias.

**8. La castidad no es virtud pasiva, sino virtud activa.**—Con razón, pues, la Iglesia Católica alábase de ser la única en practicar la virginidad como la flor más bella de su vergel. <sup>(4)</sup>

(1) *Passional* (Köpke), 565, 20 y sig.

(2) Apocal., XIV, 4.—(3) Ioan., XX, 17.

(4) Cyprian., *Habit. virg.*, 3. Bernard., *Cant. cant.*, 47, 4. Guerric., *Nativ. Mar.*, 1, 3, 5. Paschas. Radbert., Ps. 44.

Ya los antiguos apologistas vieron en el entusiasmo eternamente nuevo que esa virtud excita, evidente señal de la acción del Espíritu Santo.

Y en verdad, si se da una virtud que sea una transmisión del don de fortaleza, <sup>(1)</sup> es verdaderamente la pureza, martirio incruento, la mejor escuela para el martirio cruento, <sup>(2)</sup> lucha grandiosa por la vida contra el más peligroso de los enemigos, <sup>(3)</sup> médula de la Iglesia y del mundo, <sup>(4)</sup> maravilla ya tan delicada de suyo, que una sola mirada la hiere, <sup>(5)</sup> y que el aire de la calle la pone en peligro, <sup>(6)</sup> y, sin embargo, tan invencible, que millares de veces el fuego y el hierro han fracasado contra ella, y que las fieras hanla respetado. <sup>(7)</sup>

Tiene el mundo ideas tan equivocadas respecto de ella como respecto de la naturaleza de la paciencia y del martirio. Es manifiesto, porque los tres son muy cercanos parientes.

El espíritu del mundo, que no tiene aptitud para ninguna de esas dos virtudes, trata de excusarse diciendo que esas son virtudes pasivas buenas para las mujeres. ¡Como si eso bastara para justificarle! ¡Como si no mostrase é hiciese ver mejor su debilidad mostrándose incapaz de cumplir tales cosas llamadas de tan corta importancia!

Pero esas virtudes nada tienen de pasivas, de virtudes buenas para las mujeres. La mejor prueba de ello está en que, para practicarlas, requiérese más energía de la que el mundo es capaz de desarrollar. Sí, la paciencia es más que la bravura militar, <sup>(8)</sup> el martirio, más que la paciencia, y la pureza sin tacha, servicio militar perpetuo, <sup>(9)</sup> más que el martirio de un instante.

(1) (Bernard.) *Vitis myst.*, 22, 73.

(2) Ambros., *De virginibus*, 1, 3, 10.

(3) Ambros. Ansbert., *Apocal.*, XIV, 1.

(4) (Bernard.) *Vitis myst.*, 28, 94.

(5) Ambros., *Ep.* 1, 63, 34.

(6) Ambros., *De virginit.*, 8, 46 y sig.

(7) Ambros., *De virginibus*, 2, 3, 19, 20; *Ep.* 1, 63, 34.

(8) Cf. Vol. II, Conf. XVI, 6.

(9) Sap., IV, 2.

Quien desprecia virtud tal, despréciase á sí propio. Dice el proverbio: «El arte no tiene sino al ignorante por adversario, y la castidad no tiene más detractor que el cobarde, de quien la sensualidad hizo un ser afeminado». <sup>(1)</sup> Un hombre varonil jamás dirá una palabra contra la castidad. Únicamente quien á sí propio no se estime se atreverá á despreciarla. Nadie se forja ilusiones en ese punto, sobretodo el mundo que sabe mejor que nadie que: «El valor y la energía abandonan hasta al héroe, cuando los bajos instintos sobre él logran dominio». <sup>(2)</sup>

Cuando alguien ha una vez sucumbido á las tentaciones de la carne, su energía interior resulta entonces ya más ó menos perjudicada. Ciertamente que hay manera de recobrarla; pero ese medio no consiste en palabras orgullosas contra la virtud de la pureza perdida, consiste en severa penitencia.

Cabe decir sin exageración que no es dado emplear sino almas puras para las grandes labores de la vida espiritual é intelectual, ó, por lo menos, almas á quienes una penitencia formal acercó á la lozanía, á la fuerza invencible y á la generosidad de la inocencia.

**9. Fuerza intelectual y moral de una vida casta.**— Esto aplíquese ante todo á las cumbres de la vida intelectual, y al trabajo de la mente.

Pueden ser creídos bajo su palabra aquellos que han tenido la desgracia de dejar que su inteligencia se sumiese en los lodazales de la vida sensual, cuando afirman que les es imposible reconocer la existencia de Dios por medio de sus obras, el dedo de Dios por medio de sus juicios más conmovedores, y la verdad de la Revelación por las pruebas y milagros más convincentes. Hasta la ciencia y la erudición profanas que tratan de la verdad más pura y más sublime, de ese Dios inaccesible á toda impureza, son absolutamente inconciliables con el culto del pecado. <sup>(3)</sup>

(1) Camoens, *Lusiaden*, III, 139.—(2) *Ibid.*, III, 141.

(3) Augustin., *Agon. Christ.*, 14. Leo, *Sermo* 94 (95), 8. Thomas, 2, 2, q. 45, a. 2.